

El Estado compra cuatro manuscritos de juventud de Federico García Lorca

LA sala estaba a tope, abarrotada, incluida la televisión: todos pendientes de la salida del lote más importante. Durán, de Madrid, en la última subasta de libros del mes de febrero, sacaba a puja manuscritos juveniles de Federico García Lorca, hecho muy infrecuente. Y estaban todos: unos para seguir el desarrollo de la puja, otros para intentar hacerse con los textos autógrafos inéditos del poeta granadino. En la sala, muy atentos, coincidían el director del Patronato de la Casa-Museo García Lorca, de Fuentevaqueros, *Juan de Loxa*; el secretario de la Fundación García Lorca, *Manuel Fernández Montesinos*; y la representante del Estado, *Mercedes Dexeus*. No faltaron importantes librerías anticuarias, especialmente de Madrid y Barcelona. Finalmente el Estado ejerció su derecho de tanteo y adquirió «El primitivo auto sacramental», «Siddaharta», una carta y una postal por un total de cuatro millones seiscientos once mil quinientas pesetas.

Antes de iniciarse la subasta, los representantes de las entidades interesadas en los textos de Federico García Lorca expresaron su deseo de no entrar en absurdas rivalidades. Estaban de acuerdo en que los manuscritos lorquianos tenían el valor juvenil de guardar el germen de la que sería su gran obra. Calificaron el lote sacado a subasta de «*muy alto precio*». Federico García Lorca nunca dejó un catálogo completo con toda su producción literaria. El auto *Sacramental* debe ser el único caso de un manuscrito de juventud regalado a un amigo.

El primer y más importante lote de Federico García Lorca era «*El primitivo auto sacramental*», con su correspondiente prólogo: poema dramático en prosa, de quince y dos hojas, respectivamente, íntegramente autógrafa, firmado y fechado en 1918. Pujaría la Fundación García Lorca; pero tam-

Ejerció su derecho de tanteo y adquirió «El primitivo auto sacramental», «Siddaharta», una carta y una postal por un total de poco más de cuatro millones y medio de pesetas.



bién el Estado, ejerciendo su derecho de tanteo sobre cualquier particular, que obtuvo los cuatro documentos de Lorca, algunos inéditos y todos autógrafos; y que compraría finalmente por más de tres millones setecientos mil pesetas.

Después saldría «*Siddaharta*», poema en deca y docecasílabos: tres hojas manuscritas, firmadas y fechadas en 1918, con numerosos apuntes de dibujos en el reverso de las hojas. Pujaría *Mariano Castells*, de Librería Aristeuos. Pero el Estado lo compraría por cuatrocientas sesenta mil pesetas. Hay que añadir el quince por ciento en gastos de corretaje de la Sala, que se suma a todos los precios finales.

Las siguientes ofertas eran una carta y una tarjeta postal dirigidas a José Murciano. El Estado, por tercera y cuarta vez, ejerció el derecho de tanteo y se hizo con los dos textos epistolares por doscientas ochenta y siete mil quinientas pesetas y ciento veintiséis mil quinientas pesetas.

Tan solo desistió de dos certificados de defunción: uno de García Lorca, en el que consta que falleció «*a consecuencia de heridas producidas por hecho de guerra*»; y otro de Luis Cortés Heredia, prototipo de su famoso personaje «*Antoñito, el Camborio*». Los certificados fueron adjudicados a la Casa-Museo de García Lorca, en Fuentevaqueros, que pagaría ciento noventa y cinco mil pesetas y treinta y cuatro mil quinientas pesetas. Las dos cartas que José Murciano dirigiera a García Lorca se retiraron al no pujar nadie.

En breve, la ministra de Cultura decidirá el destino de los manuscritos: Biblioteca Nacional de Madrid o Fundación García Lorca. Manuel Fernández Montesinos, secretario de la Fundación García Lorca, declararía que «*La Biblioteca Nacional adquirió en Londres diez dibujos de madurez de Lorca por siete millones de pesetas, un precio bastante aceptable si lo comparamos con los precios de salida de la obra dramática, que no está en perfecto estado*».

También manifestaría su esperanza de que el Ministerio de Cultura cediera los manuscritos, en depósito, a la Fundación: «*Aquí es donde están la mayor parte de los manuscritos de su juventud, donde se guarda la mayor colección de sus cartas. Teniéndolo todo junto, facilitaríamos mucho la labor de los investigadores*». Juan de Loxa añadiría que «*nada mejor que un museo abierto al público para disfrutar de los manuscritos*».